

## *EL INFORME OFICIOSO DEL CONDE DE TORRE VELARDE Y SUS NOTICIAS SOBRE D. PEDRO FERMIN DE VARGAS Y BARBARA FORERO*

Escribe: SERGIO ELIAS ORTIZ

La recia y desconcertante personalidad de don Pedro Fermín de Vargas, uno de los grandes precursores de la independencia hispano americana, va adquiriendo cada día contornos más definidos de su valor histórico a medida que nuevos documentos arrojan luz sobre las diferentes etapas de su agitada existencia. Una de las piedras de escándalo en su época, así para las gentes, como para las autoridades del virreinato de la Nueva Granada, fue, como se sabe, su concubinato doblemente adúlterino, con Bárbara Forero, aunque un testigo de la mayor excepción, el oidor Conde de Torre Velarde, contemporáneo de los hechos, opina que el delito pasional de Vargas no fue sino un pretexto de que éste se valió para salir del virreinato con el objeto de ocultar sus intenciones revolucionarias, tesis que se confirma con sus actividades posteriores.

El señor Conde de Torre Velarde, caballero de Calatrava, de quien se sabe que fue uno de tantos funcionarios como pasaron por la audiencia de Santafé, envió a la corte de Madrid el 19 de julio de 1797 un extenso y pesimista informe o representación, sobre la situación social, política y de defensa que se contemplaba entonces en el virreinato. Estaba a disgusto suyo en Santafé porque el clima no le vanía bien para los cincuenta y nueve años que contaba a la sazón, y por el sueldo desproporcionado con la carestía de la vida, que había arruinado sus intereses, él que, según decía, en otros tiempos había vivido en la opulencia. Se sentía desesperado y por ello se valía de ese informe, por suponerlo interesante para el monarca, para pedirle que, de no ser posible que se le trasladase a las audiencias de México, o Lima, por no contar con el tiempo requerido, se le llevase a otras de inferior categoría que la de Santafé, como las de Chile o Charcas y en último caso que se le exhonerasse del empleo y se le señalase una pensión de jubilado. Pedía esto clamorosamente y que se tuviese muy en reserva su informe porque temía por su vida, o que se atacase su honra por los santafereños, "pues son sabios, dice, para llevar a efecto los medios de iniquidad".

Dentro de este estado de ánimo, se explica el que todo lo viera el conde con los colores más sombríos y dijera con notoria injusticia y falta

de información que a pesar de sus riquezas naturales el virreinato de Santafé era "el más pobre que se conoce en el Nuevo Mundo" y que "la general desidia, e inaplicación al trabajo de sus habitantes, es el que no logren de las proporciones con que los ha dotado la naturaleza. Les cuesta muy poco el mantenerse; viven casi desnudos (por ser en lo común dos climas ardientes) y así contentos como no se les altere la ociosidad que logran y apetecen. No es esto por indiferencia o desapego a los bienes, sino porque quieren lograrlos sin trabajo, por lo que son, siempre que pueden, ladrones, y continuamente borrachos de la *chicha* que tan poco les cuesta. Fáciles de seducir, y soberbios aunque inconstantes en sus pasiones; distinguiéndose mucho las mujeres, de las cuales en ninguna parte he visto tan crecido número de homicidas que los ejecutan aun en sus hijos con la mayor barbaridad de la que pudieran citarse ejemplares pasados y presentes, no raros, sino, por desgracia, demasiado frecuentes". Seguramente estas impresiones se le grabaron al oidor en su viaje de subida del Magdalena y las generalizó para todo el territorio.

Pero si así se expresó de la clase pobre, opinó que "la gente que se dice de honor y tiene ascendientes sobre el pueblo, participa, en mucha parte, de estos defectos". Le llamó la atención que esta gente que se decía de honor no mostraba interés por adquirir lustre con títulos, pues en dos siglos y medio de fundada Santafé solo había dos mayorazgos y una sola persona, don Luis Caycedo, agraciado con la Real Orden de Carlos III, cuando Quito, que era inferior, contaba con varios títulos y diez y seis mayorazgos. Por otra parte pintó a los caballeros de la sociedad santafereña, con pocas excepciones, como "inconstantes, cavilosos, intrigantes, desidiosos e inaplicados" al trabajo. Agregó que carecían de "amor, o con muy poco (por lo común) a la mujer e hijos, que son las rémoras que suelen conmover aun a los más malvados y proyensos como la gente popular (que sólo movida obra), a la rebelión". No se detuvo, empero, a examinar las causas de ese estado social que él exageraba en forma tan alarmante y que el pueblo neogranadino sintetizaba en dos palabras: "mal gobierno", ni a aconsejar medidas que pudieran elevar ese bajo nivel social si es que en realidad era tal como lo describía. Como buen vasallo que se juzgaba, lo único que se le ocurrió para detener los males fue que se aumentase el ejército y que ese aumento dispendioso, para no recargar al *real erario* lo pagasen los pueblos del virreinato como justa compensación por sus rebeldías. Además, todo el ejército así aumentado debía estar compuesto por tropas traídas de España, pues no se podía confiar en la fidelidad de los naturales y enviar a éstos en calidad de reemplazos a la península de donde ya no podrían regresar por falta de medios para transportarse.

Con todo, a pesar de las exageraciones y medidas absurdas que aconsejaba Torre Velarde, hay una parte de su informe, la que se refiere a movimientos revolucionarios del virreinato, que importa mucho por la fuente de donde procede. Cree él que el estado de inquietud y de rebelión que perduraba hasta 1797 tenía su raíz en el levantamiento de los Comuneros del Socorro en 1781 y que sus consecuencias irían muy lejos, con la agravante de la situación geográfica del país, cuya pérdida, dice, "podría ocasionar la del resto de las Américas", en lo que no andaba del

todo descaminado. Y muy interesantes los datos que proporciona de Nariño, Pedro Fermín de Vargas y la autobiografía y diario de Bárbara Forero que motiva este artículo.

Algo que anduvo dentro de las lindes de episodio novelesco fue la fuga de don Pedro Fermín de Vargas con Bárbara Forero, mujer casada que abandonó su hogar para correr aventuras con Vargas, que también abandonó el suyo, víctima, según él mismo le contaba más tarde a un amigo en Nueva York, de "extravíos imperdonables". Con la Forero hizo un recorrido fantástico desde Zipaquirá, donde desempeñó él el cargo de corregidor y se conocieron y trataron los amantes, pasando por Santafé para adentrarse en Llanos Orientales, ganar el Orinoco y salir por Puerto Cabello a recorrer las pequeñas y grandes Antillas hasta situarse, por el momento, en Jamaica. Hicieron escala en varias islas donde Vargas se entretenía en especulaciones botánicas y también en practicar la profesión de médico que de ahí en adelante iba a adoptar como recurso económico, mientras su compañera hacía los honores de ama de casa bajo el nombre supuesto de doña Ana Josefa Arias, con que pasaba como legítima esposa del médico naturalista.

Alrededor de seis años duró esta aventura pues en los primeros meses de 1797 la pareja resolvió separarse; él, para continuar su peregrinación de revolucionario y ella para retornar al virreinato a donde llegó en junio de ese año, por el puerto de Santa Marta. La separación debió efectuarse, al parecer, de común acuerdo, en perfecta armonía, sin que mediase rompimiento estrepitoso, pues Vargas escribió luego, desde Nueva York, cuando menos dos cartas, de que se tiene noticia, a la Forero, correspondencia que no llegó a manos de esta porque fue retenida por el virrey, como tampoco pudo percibir una libranza de Vargas para ella por ochocientos reales. Estrechada más tarde para que declarase por qué había abandonado a Vargas, dijo que lo había hecho movida "por estímulos de religión", en que nadie creyó, pues en lo que menos pensaba era en reunirse con su legítimo esposo y hasta se resistió a hacerlo. Había algo secreto dentro de su comportamiento.

Lo curioso del caso es que la llegada al país de Bárbara Forero, una vez que se determinó su verdadera personalidad, disimulada con nombre postizo de Ana Josefa Arias, despertó nuevos y más apremiantes recelos en las autoridades, respecto de tramas revolucionarias de don Pedro Fermín de Vargas relacionadas con su regreso, con tanta mayor razón cuanto que éste coincidió con el descubrimiento de la presencia de don Antonio Nariño, entrado subrepticamente al virreinato después de haberse fugado de Cádiz. El Conde de Torre Velarde dice al respecto:

"El prenuncio de la actual insurrección, más temible y de mayores consecuencias, que las anteriores, fue la llegada a Santa Marta, en un barca neutral, de Bárbara Forero, que abandonando a su marido, se ausentó con don Pedro Vargas, a fines de 1791 desamparando también a su mujer: fuga en que se quisieron encubrir otros designios, con llevarse a dicha Bárbara porque poseyéndola sin que el infeliz marido tuviese aliento ni aun para quejarse, ni ninguno se le opusiese a la pacífica posesión que de ella tenía, no hacía causa para la fuga que hizo; y sólo

fue un pretexto, por cubrir otros designios, y desvelar los cuidados del gobierno, con la apariencia de rapto de una mujer casada.

El intempestivo regreso de ésta al expresado puerto, con diverso nombre, en una embarcación neutral, excitó la curiosidad e hizo recordar la requisitoria despachada a principios de 1792 en la que hallaron se prevenía el mismo nombre fingido, con que cubría el verdadero, que estrechada hubo de confesar.

Si a su llegada a Santa Marta se hubiese tenido presente la requisitoria, que se recordó después, y se la hubiesen tomado los papeles, que con el tiempo que intermedió, pudo salvar, y dirigir por los correos, quizá se hubieran descubierto en principio, los designios de la intempestiva venida de Jamaica, de esta mujer, que no debía dudar la causa que tenía formada por su fuga; y sabría hallarse en un presidio, el compañero cómplice en ella aun siendo menos criminal que ella”.

Seguramente la Forero venía bien aleccionada por su amante y había aprendido mucho en su compañía, tanto que de mujer casquivana se había convertido en revolucionaria exaltada y en escritora! “Mandada remitir a esta capital, dice Torre Velarde, solo se halló entre sus papeles, (que en el camino se le tomaron) ser de alguna atención, un cuaderno en que traía escrita su vida, y aun pintado su viaje y entrada en esta capital: asunto prevenido, porque se le había quitado el cuaderno, mucho antes de su llegada y pieza escrita con designio, y en que se refiere su fuga, el extraordinario viaje que hicieron, y ser los estímulos de la religión los que la resolvieron a separarse de su amante Vargas; pero al mismo tiempo a nada está menos dispuesta que a propender a su unión con el marido, que públicamente resiste”.

“A pocos días de venida esta mujer, y entendiendo en su causa vuestro Ministro D. Juan Hernández de Alba, con la actividad, inteligencia, y celo que le asiste del servicio de V. M., se le dio en 3 del presente el denuncia de haberse encontrado el que lo daba en Puente Real con D. Antonio Nariño; y con la mejor reserva procedió a dar las providencias correspondientes, a fin de ratificar y afianzar el denuncia, y prenderlo, si como se recelaba, estaba en la ciudad, descubrir sus parciales y vigilar su conducta”.

La autobiografía y diario de viaje de Bárbara Forero, que el conde cree escritos con el designio de despistar a las autoridades, fueron agregados al proceso que se le siguió a ésta para encontrarle culpabilidad, pero del cual nada resultó en su contra, ni de los interrogatorios a que fue sometida. A los pocos meses de detenida fue puesta en libertad, sin que le fueran devueltos sus papeles en los cuales seguramente hay datos que llenarían lagunas en la vida extraordinaria del hombre con quien corrió tantas aventuras. No extraña que ella hubiese sido la autora de las páginas en que se relataban las experiencias de su vida y las vicisitudes de su retorno a la patria. Las ideas revolucionarias habían penetrado fuertemente en su cerebro y la habían convertido en propagandista de la independencia. Años más tarde, cuando se produjeron los grandes hechos de la primera república, anduvo hombro con hombro con los agi-

tadores y en la época del terror fue nuevamente detenida y desterrada. El pacificador Morillo suscribió la nota en que se la destacaba como la principal infidente entre las señoras que debían sufrir el destierro y que fue el colofón de su accidentada vida: "Bárbara Forero, dice la nota, es compañera de la Matilde que se presentó en público a arengar; se preciaba de tener escuela pública, abierta en su casa, para enseñar a sus compatriotas bellos modales. Es natural de Zipaquirá y ha sido desterrada a Suesca".

---